

ABEJA ESPAÑOLA

NUM. 335. *Juéves, 12 de Agosto.* 5 qtos.

VARIEDADES.

Todo el que lea la historia con alguna reflexión, se convencerá de que si las revoluciones de los pueblos han tenido mas de una vez un término funesto, ha sido porque poseyéndose de sus gobiernos el espíritu de facción, las miras del interés público fueron sacrificadas á intereses personales y del momento, ó á venganzas particulares, hijas del resentimiento, de la envidia ó del espíritu de clase. Las facciones dieron un Pisistrato á Atenas, un César á Roma, un Cromwell á Inglaterra, y un Napoleon á Francia. Las facciones destruyen el espíritu público, trastornan las le-

yes, desayran ó hacen nula la autoridad, fomentan los odios particulares, alimentan el espíritu de venganza, hacen nacer la desesperacion, producen la anarquía, y al cabo, ó llevan las naciones á su ruina, ó un tirano afortunado remacha los grillos de la esclavitud.

Los facciosos siempre han tomado por pretexto para sus infames proyectos, motivos aparentes de bien público, porque no de otra suerte se puede tentar con probabilidad de buen éxito el engañar á los hombres. En esto, como en otras cosas, los facciosos se parecen absolutamente á los tiranos, que nunca caminan á su fin por la senda mas conocida. La vigilancia de un gobierno que quiera consolidar un sistema nuevo, nacido en circunstancias borrascosas, debe emplearse particularísimamente sobre aquellos que han perdido en el cambio de cosas; pues de los de esta clase na-

cen siempre las primeras facciones, y tal vez las mas temibles, por la consistencia que las da el ascendiente de las preocupaciones, la fuerza de la costumbre, y el hábito de respetar hasta los mas horrendos abusos que el tiempo, la tiranía y la ignorancia, han como santificado en ciertas gentes. La indulgencia, la excesiva moderacion, ó propiamente hablando, la debilidad del gobierno para hacer respetar la ley á viva fuerza, es el peor de los males que pueden afligir á una sociedad que por qualquiera causa se constituye de nuevo. Esta debilidad es el verdadero alimento de los facciosos, cuyos cálculos todos se apoyan constantemente sobre esta cualidad ominosa del gobierno. Por manera que la osadía de las facciones, sus crecimientos, y la extension de los proyectos que estas, conciben estan en razon directa de la apatía del que manda.

La España, á quien el brazo po-

deroso de la Providencia ha protegido tan visiblemente en todos los instantes y periodos de su admirable revolucion, ha tenido hasta ahora la dicha de no ser atacada por esta idra infernal. Aventurada, ó inexácta parecerá esta proposicion á los que sin pararse mucho á meditar sobre los hechos, confunden las cosas mas opuestas por su origen y naturaleza. Pero no así á los que saben analizar los sucesos. Ha habido y hay, es verdad, hombres descontentos, enemigos irreconciliables del nuevo sistema, que el curso de los acontecimientos políticos y la tendencia natural de las sociedades ha hecho justísimamente adoptar á España; hombres que quisieran ver á la Nacion, primero devorada por la mas espantosa anarquía, que lograrse disfrutar los encantos de la libertad. Aun mas puede agregarse: ha habido entre estos furiosos mentecatos, hombres al parecer terribles, ó por la ma-

lignidad de sus talentos, ó por el prestigio de sus representaciones, ó por el influxo de sus empleos. Mas sin embargo de todo esto, jamas ha debido temerse con fundamento el ver formarse una faccion, desde que los primeros movimientos de la revolucion, indicaron bien quales eran los deseos del pueblo, qual el fin porque iba á pelear, y qual el concepto que tenia del mérito de ciertos hombres, de la virtud de otros, y de las intenciones de los que habian ántes dividido el poder arbitrario del monarca, para oprimir y vejar mas y mas al pueblo. Y si no, ¿qual de estos *tiranuelos* ha tenido séquito del pueblo, ó qual ha logrado hacerle tomar parte en sus intereses? Sin recordar los hechos pasados, ahora recientemente ¿la experiencia no ha desmentido ampliamente las falsas imputaciones con que se calumniaba la sensatez y amor á la legítima autoridad, de los habitantes de algunas provin-

cias? ¿No se ha visto claramente que el pueblo español, en todas partes él mismo, ama la libertad, y por consecuencia las nuevas instituciones, que son su mas sólido apoyo, sin tomar parte en las pretensiones injustas y abominables de los hijos del desórden, y la arbitrariedad de los pasados reyes?

Desengañémonos, las facciones no han tenido lugar en España, ni lo tendran nunca, porque el pueblo nunca secundará las miras de los facciosos. Griten quanto quieran estas aves de rapiña, que quisieran devorar el alimento de todos; procuren seducir al sencillo pueblo, alucinarlo, concitarlo tambien contra la legítima autoridad, nada importa: los españoles son demasiado sagaces y circunspectos, para que el fanatismo ofusque á su razon; tienen el alma muy bien puesta, y un entendimiento muy despejado para volver á ser sojuzgados por el error, una vez vis-

ta la luz. Los que confunden la opinion del pueblo con la de quatro mal contentos indiscretos, que aun querrian siguiesen los abusos de que hasta aquí se han nutrido, incurren en un error el mas grosero. No es la Nacion, la pequeníssima parte que deboraba la substancia del estado y el sudor del labrador: en esta podrá haber algunos tan osados que crean serles lícito poder atacar la ley; dando á cada paso indicios los mas vehementes de su odio al nuevo órden de cosas; pero aquella, es decir, la Nacion adicta siempre al gobierno que promueve su prosperidad, y defiende sus derechos, verá en la Constitucion el feliz puerto de sus esperanzas, y el término de unos deseos (los de la libertad) alimentados por tantos siglos, aun en medio de las cadenas, y baxo la mas cruel opresion.

FABULA.

La Gata y sus hijos.

Una Gata que su hijuelo
 Tiernísimamente arrulla,
 Esa le gruñe, y maulla,
 Si echas un hueso en el suelo;
 Todo el cariñoso anhelo,
 Que muestra en otra ocasion,
 Aquí ya es ira, pasion:
 ¿Y sabes lo que esto es?
 Que al frente del interés
 No vale la inclinacion.

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1813.

A cargo de D. R. Verges,